

Para Alberto Barranco Chavarría, en su dolor

El encuentro del Presidente Zedillo con tres gobiernos europeos tuvo como fin principal iniciar las negociaciones para firmar un acuerdo de asociación con la Unión Europea. En relación con ese objetivo debe medirse el éxito o el fracaso de la primera gira europea en este sexenio.

Es cierto que el viaje presidencial, como suele ocurrir, originó diversos episodios anecdóticos, y dio lugar a expresiones del protagonista que conciernen no a la diplomacia sino a la vida política interior. Pero el propósito central fue de carácter comercial y financiero, destinado a ampliar los mercados y las fuentes de aprovisionamiento de un atribulado país que sólo en la fértil imaginación del propio Presidente Zedillo superó no sólo esta fase de la crisis, sino la crisis misma.

Entre la morralla informativa quedará la confusión relativa al domingo 28 en Barcelona. Debido a una manifestación de catalanes partidarios del zapatismo chiapaneco, se suspendieron actos presidenciales previstos para el último día de sus estancia en la península ibérica. El gobierno mexicano negó que hubiera tal suspensión porque el programa correspondiente, a cargo del ayuntamiento de la ciudad

condal, no había sido aprobado por el estado mayor presidencial. Lo cierto es que el Presidente realizó actividades privadas que en algún punto coincidieron con lo programado por la autoridad municipal barcelonesa, pero no incluyeron un recorrido por el centro de la capital catalana, para evitar nuevas expresiones de descontento.

También quedará en el anecdotario la pérdida del interlocutor italiano de México, pues en plena (y breve) visita a Roma, se produjo el relevo del jefe del gobierno. Lamberto Dini concluyó su alargado interinato y fue sustituido por Antonio Maccanico, que no tuvo ocasión de recibir a la delegación mexicana, que apenas se entrevistó con un presidente Scalfaro carente de poderes.

Igualmente será solamente chistoso recordar que el Presidente Zedillo llegó tarde a la comida en que se reunió con el presidente de la Confederación Helvética, a causa de complicaciones en el tránsito de Davos, que no fueron previstas por los encargados de la logística.

Ocupará un lugar más relevante, en lo que toca al registro diplomático del viaje, el encuentro con el Papa Juan Pablo II, que rozó ayer nuestro país en su visita a Guatemala. El discurso pontificio entró de lleno a la realidad mexicana, al grado de que el Presidente elogió su preciso conocimiento de lo que ocurre aquí. No había en las palabras papales sólo información, sino también admoniciones que con prudencia el Ejecutivo mexicano eligió pasar por alto, y que no por certeras dejan de ser impertinentes en labios de un dignatario extranjero.

Tendrán mayor importancia, y consecuencias discursivas o prácticas, señalamientos sobre política mexicana que brotaron durante el viaje, como la referencia a la democracia formal en que ha vivido México "desde hace décadas", que hace impropio cotejar la situación española del posfranquismo con la de hoy aquí, y hace por lo tanto innecesaria una transición a la democracia. O la admisión presidencial de que en los comicios de 1994, que lo elevaron al Poder Ejecutivo, "tal vez hubo inequidad". Y será ampliamente discutida su afirmación de que México ya salió de la crisis y eso gracias al libre comercio, cuando puede sostenerse lo contrario respecto de ambos términos de la afirmación, porque fue la liberalización comercial (al menos sus alcances y ritmos) lo que produjo la crisis, y ésta se encuentra tan virulenta hoy como el año pasado, según lo enseñan por lo menos las alzas de precios a bienes y servicios de consumo (antaaño) generalizado.

Pero en lo que hace al acuerdo comercial con Europa, ¿qué?. Los jefes de gobierno español y británico, Felipe González y John Major, así como el Presidente Scalfaro, ofrecieron sus buenos oficios para favorecer el inicio de las negociaciones correspondientes. Pero dichas en el marco de visitas protocolarias donde todo es buenas maneras, no puede atribuirse demasiada sustancia a esas palabras. Ninguno de los tres, por otra parte, está en situación de hacer ofrecimientos en esa materia de los que puedan desprenderse seguridades respecto de los prometido. Dentro de un mes, Felipe González puede no estar a la

cabeza del gobierno español; el sentimiento europeísta no suscita los mayores entusiasmos del conservadurismo británico; y el Presidente Scalfaro no ejerce el gobierno italiano, sino que lo simboliza solamente, y será el primer ministro Maccano quien realmente asuma durante este semestre la presidencia de la Unión Europea, como lo hizo González en el semestre español.

Es ya viejo el propósito mexicano de vincularse comercialmente a Europa. En 1975 se firmó un acuerdo marco de cooperación, que no ha evolucionado al ritmo deseado por México, en virtud de un diferendo que, si subsiste, lo hará imposible. Y si fue ya eliminado sería bueno saberlo. Se trata del condicionamiento político previsto por las normas de la Europa unida. La Unión Europea (UE) sólo negocia con países que pasan una especie de certificación política con base en la "cláusula democrática".

El 25 de julio pasado, después de un encuentro del Presidente Zedillo con empresarios europeos, el embajador de la Unión Europea en México, Jean Lecomte se refirió a esa circunstancia al subrayar "la intención europea de incluir la cláusula democrática" en la negociación del acuerdo en pos del cual viajó a Europa el Presidente Zedillo. Esa cláusula, según el diario español *El País*, permite a la UE "suspender cualquier tipo de acuerdo ...si se considera que la contraparte no cumple en la política interna ciertas garantías democráticas o de respeto a los derechos humanos, dos apartados en que Los Quince siempre han mostrado gran sensibilidad".

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

México en Europa

La Unión Europea condiciona sus acuerdos comerciales a términos políticos que México estaba resuelto a no admitir. La búsqueda de un pacto de esa naturaleza, ¿significa que alguna de las partes mudó su posición original?



Para Alberto Barranco Chavarría, con amistad, en su dolor.

EL ENCUENTRO DEL PRESIDENTE ZEDILLO CON tres gobiernos europeos tuvo como fin principal iniciar las negociaciones para firmar un acuerdo de asociación con la Unión Europea. En relación con ese objetivo debe medirse el éxito o el fracaso de la primera gira europea en este sexenio.

Es cierto que el viaje presidencial, como suele ocurrir, originó diversos episodios anecdóticos, y dio lugar a expresiones del protagonista que conciernen no a la diplomacia sino a la vida política interior. Pero el propósito central fue de carácter comercial y financiero, destinado a ampliar los mercados y las fuentes de aprovisionamiento de un atribulado país que sólo en la fértil imaginación del propio presidente Zedillo superó no sólo esta fase de la crisis, sino la crisis misma.

Entre la morralla informativa quedará la confusión relativa al domingo 28 en Barcelona. Debido a una manifestación de catalanes partidarios del zapatismo chiapaneco, se suspendieron actos presidenciales previstos para el último día de su estancia en la península ibérica. El gobierno mexicano negó que hubiera tal suspensión porque el programa correspondiente, a cargo del ayuntamiento de la ciudad condal, no había sido aprobado por el Estado Mayor Presidencial. Lo cierto es que el Presidente realizó actividades privadas que en algún punto coincidieron con lo programado por la autoridad municipal barcelonesa, pero no incluyeron un recorrido por el centro de la capital catalana, para evitar nuevas expresiones de descontento.

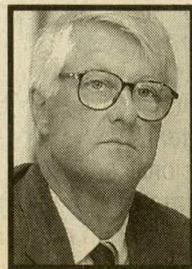
También quedará en el anecdotario la pérdida del interlocutor italiano de México, pues en plena (y breve) visita a Roma, se produjo el relevo del jefe del gobierno. Lamberto Dini concluyó su alargado interinato y fue sustituido por Antonio Maccanico, que no tuvo ocasión de recibir a la delegación mexicana, que apenas se entrevistó con un presidente Scalfaro carente de poderes.

Igualmente será solamente chistoso recordar que el presidente Zedillo llegó tarde a la comida en que se reunió con el presi-

dente de la Confederación Helvética, a causa de complicaciones en el tránsito de Davos, que no fueron previstas por los encargados de la logística.

Ocupará un lugar más relevante, en lo que toca al registro diplomático del viaje, el encuentro con el papa Juan Pablo II, que rozó ayer nuestro país en su visita a Guatemala. El discurso pontificio entró de lleno a la realidad mexicana, al grado de que el Presidente elogió su preciso conocimiento de lo que ocurre aquí. No había en las palabras papales sólo información, sino también admoniciones que con prudencia el Ejecutivo mexicano eligió pasar por alto, y que no por certeras dejan de ser pertinentes en labios de un dignatario extranjero.

Tendrán mayor importancia, y consecuencias discursivas o prácticas, señalamientos sobre política mexicana que brotaron durante el viaje, como la referencia a la democracia formal en que ha vivido México "desde hace décadas", que hace impropio cotejar la situación española del posfranquismo con la de hoy aquí, y hace por lo tanto innecesaria una transición a la democra-



En julio pasado, con motivo de un encuentro de empresarios europeos

y el Ejecutivo mexicano donde surgió el tema, el embajador de la UE, Jacques Lecomte habló de "la intención europea de incluir la cláusula democrática" en las negociaciones con México.

cia. O la admisión presidencial de que en los comicios de 1994, que lo elevaron al Poder Ejecutivo, "tal vez hubo inequidad". Y será ampliamente discutida su afirmación de que México ya salió de la crisis y eso gracias al libre comercio, cuando puede sostenerse lo contrario respecto de ambos términos de la afirmación, porque fue la liberalización comercial (al menos sus alcances y ritmos) lo que produjo la crisis, y ésta se encuentra tan virulenta hoy como el año pasado, según lo enseñan por lo menos las alzas de precios a bienes y servicios de consumo (antaño) generalizado.

Pero en lo que hace al acuerdo comercial con Europa, ¿qué? Los jefes de gobierno español y británico, Felipe González y John Major, así como el presidente Scalfaro, ofrecieron sus buenos oficios para favorecer el inicio de las negociaciones correspondientes. Pero dichas en el marco de visitas protocolarias donde todo es buenas maneras, no puede atribuirse demasiada sustancia a esas palabras. Ninguno de los tres, por otra parte, está en situación de hacer ofrecimientos en esa materia de los que puedan desprenderse seguridades respecto de los prometidos. Dentro de un mes, Felipe González puede no estar a la cabeza del gobierno español; el sentimiento europeísta no suscita los mayores entusiasmos del conservadurismo británico; y el presidente Scalfaro no ejerce el gobierno italiano, sino que lo simboliza solamente, y será el primer ministro Maccanico quien realmente asuma durante este semestre la presidencia de la Unión Europea, como lo hizo González en el semestre español.

Es ya viejo el propósito mexicano de vincularse comercialmente a Europa. En 1975 se firmó un acuerdo marco de cooperación que no ha evolucionado al ritmo deseado por México, en virtud de un diferendo que, si subsiste, lo hará imposible. Y si fue ya eliminado sería bueno saberlo. Se trata del condicionamiento político previsto por las normas de la Europa unida. La Unión Europea (UE) sólo negocia con países que pasan una especie de certificación política con base en la "cláusula democrática".

El 25 de julio pasado, después de un encuentro del presidente Zedillo con empresarios europeos, el embajador de la Unión Europea en México, Jean Lecomte se refirió a esa circunstancia al subrayar "la intención europea de incluir la cláusula democrática" en la negociación del acuerdo en pos del cual viajó a Europa el presidente Zedillo. Esa cláusula, según el diario español *El País*, permite a la UE "suspender cualquier tipo de acuerdo... si se considera que la contraparte no cumple en la política interna ciertas garantías democráticas o de respeto a los derechos humanos, dos apartados en que Los Quince siempre han mostrado gran sensibilidad".